

UNA CRITICA SOBRE EL “DECRECIMIENTO”

La explotación capitalista de los recursos humanos y naturales ha llegado a tal nivel que los mismos economistas burgueses denuncian la locura del crecimiento infinito en un mundo finito. Proliferan también mistificadores que indican la posibilidad de “mundos alternativos”, en los que sería posible un

desarrollo sostenible mediante una reducción del consumo y un “decrecimiento”. Teoría privada de análisis científico, sobre una realidad mundial compuesta por un dominio indiscutible del modo de producción capitalista y su ley de valorización continua. Consideraciones que no identifican las causas

de la crisis reales ni mucho menos los eventuales “remedios”. Se trata de causas que hunde sus raíces

en la estructura física del planeta, pero que ahora muestran un notable aceleración con el modo exponencial de producción capitalista. Lo que en 1848 fue percibido con extraordinaria oportunidad por Engels y Marx, el *ausente recambio orgánico con la naturaleza*, está ahora la vista de todos: en capital en su loca carrera genera de forma continua sus contradicciones llevando a límites extremos, hasta alterar hasta tal punto el ambiente en que vivimos que su degeneración y explotación resultan dañinas incluso para el mismo capitalismo.

La ideología ecologista de la que se nutren la mayor parte de movimientos ambientalistas y “subconsumistas” no hace otra cosa que repetir el concepto abstracto idealista de la naturaleza como “bien común”, que debiera unir entre sí a los individuos de la “especie” humana”. Colocan este aspecto de “naturaleza como bien común” por encima de las relaciones sociales históricamente determinadas, eluden cualquier referencia a las *clases sociales*, a su lucha y a *las relaciones de propiedad y de producción* que las caracteriza y que se suceden en el curso de la historia. Tanto economistas como filósofos no critican jamás las relaciones de propiedad existentes, no se plantean la

subversión de esas mismas relaciones, sino que no pasan de una condena moral de los fenómenos que

las mismas generan, confirmando su conformidad con los valores burgueses característicos de este modo de producción. El presupuesto desde el que iniciar la crítica es el sistema social en descomposición que crea un mundo en descomposición.

El dilata teórico y práctico del “decrecimiento”, para citar la última moda, parte del condicionante de

que no puede realizarse un crecimiento permanente, ante unos recursos limitados, un espacio finito y

una población en constante aumento. El “problema” comienza a hacerse evidente con los modelos matemáticos sobre la limitación del crecimiento, elaborados en el informe del MIT (Massachusetts Institut of Technologies) por cuenta del Club de Roma en 1972 sobre “*Los límites del desarrollo*”. Estos modelos ponían de manifiesto que “*la humanidad no puede continuar aumentando a un ritmo acelerado... sin chocar con los límites naturales del proceso*”. La causa de esta neo-complicación estaban identificadas en el aumento incontrolado de la población, la industrialización extensiva, la extensión de la polución, etc., que estaban formando las premisas de un futuro de pobreza, urbanización, alienación y “*rechazo de la autoridad... Un agravamiento subsiguiente de este estado de cosas, haría inevitable una explosión política*”. Objetivo del MIY era la evaluación del riesgo ligado a la interacción de cinco factores: aumento de la población, producción alimentaria, industrialización, agotamiento de los recursos naturales y contaminación. A continuación, en *Mas allá*

de los límites del desarrollo (1992), algunos de los autores del anterior informe ensayaron la descripción de un desarrollo posible y “sostenible”, que tuviera en cuenta el cuidado del ambiente, de

las futuras generaciones y de aquellos que viven en los “continentes mas pobres o en los barrios mas

pobres de las ciudades” de cualquier parte del mundo. La preocupación nuevamente mostrada es que si

los cinco factores de riesgo antes mencionados crecieran de manera impetuosa, el resultado negativo

será el declive del nivel de la población y del sistema industrial. La solución auspiciada es que se implementen programas de crecimiento controlado, de eficiencia energética, del reciclaje de las basuras, de resolución no violenta de los conflictos y el desarrollo de la comunidad desde la base.

Todo ello excluyendo toda discusión sobre la lógica del sistema, buscando por el contrario garantizar

la continuidad de la acumulación a través de un desarrollo mas moderado y equilibrado, a fin de

2 conciliar la superproducción con el incremento de la tasa de beneficio: acuerdos corporativos entre empresas multinacionales y mejor empleo de los recursos financieros. Este *crecimiento controlado* debería descansar sobre diferentes *redistribuciones del crédito*, permitiendo mantener el valor total de

la producción, así como una nueva producción “ecológica” que no disminuiría el nivel de vida, de manera demasiado sensible, conciliando modernización, progreso y técnica. Las soluciones de contención de la crisis expansiva del capitalismo estaban, en cualquier caso, *siempre dentro* del mantenimiento y *sostenibilidad* del actual sistema de producción.

El mismo principio está presente en los herederos de tal pensamiento, que lo han adecuado a los difíciles tiempos actuales de conflicto planetario y sobreproducción: son aquellos intelectuales, economistas, filósofos y profesores que han acuñado la neo-categoría del *decrecimiento.*, que toman sus *distancias del marxismo* y de la superación integral del estado y la sociedad capitalista. Esos intelectuales habrían construido el modelo que asegura la *convivencia de “comunidades”* asociadas dedicadas a la mutualidad y a la cooperación, dentro del sistema mercantil y de los poderes políticos vigentes.

Marx había ya ampliamente demostrado como en una sociedad dividida en clases (antiguas o modernas), es *necesario* que se den desigualdades, que no todos puedan desarrollarse con la misma potencialidad. A la *propiedad* de algunos debe necesariamente corresponder dialécticamente la *expropiación* de todos los demás, al capital el trabajo asalariado, a la burguesía el proletariado, a los potentados millonarios los muertos de sed y de hambre. La solución de esta contradicción no puede mas que residir en el pleno conocimiento científico de la misma, una *conciencia* de la imposibilidad de

la existencia *simultánea* en un sistema de las *relaciones de propiedad* con la pretensión de igualdad entre todos los miembros de la sociedad. Mientras los ideólogos burgueses, con pleno conocimiento de

cuanto sucede, silencian el hecho de que en el sistema no se puede intervenir con mejoras, los ideólogos pequeño-burgueses, gracias a una equivocada conciencia se ilusionan con poder ajustar los

mayores absurdos. Se limitan a tomar nota de la existencia del problema y buscan la solución precisamente en aquello que genera el problema y no en lo que puede eliminarlo. Están imposibilitados para hacerlo no tanto científicamente, como socialmente.

Un sistema estructurado como el actual **tiene que subordinar** el uso de la riqueza material y del saber,

producida por la colectividad, a la producción para el cambio cuyo objetivo es el beneficio, para la autovalorización del Capital. Únicamente una *planificación consciente y autorregulada* de la producción social cuyos objetivos sean los distintos usos necesarios y posibles está en condiciones de

mantener y desarrollar la sociedad en su conjunto: pero tan conciencia de “planificación” es incompatible con el modo de producción capitalista en cuanto tal, animado y dominado como está por

la competencia y por una mentalidad individualista.

En el capitalismo lo que no puede darse es que “*el trabajo es un proceso que se desenvuelve entre el hombre y la naturaleza, en el cual el hombre por medio de su propia acción produce, regula y controla el intercambio orgánico entre sí mismo y la naturaleza: se enfrenta, como una mas entre las potencias de la naturaleza, a la materialidad de esa naturaleza. Pone en movimiento las fuerzas naturales pertenecientes a su corporeidad para apropiarse de las materiales de la naturaleza de forma útil para la propia vida*” [El Capital, libro I, Cap. 5]. Un plan consciente necesita de la libertad

de producir, que en cualquier caso “es siempre una necesidad”, por parte de hombres “socializados”,

es decir de productores asociados que “*regulan racionalmente su intercambio orgánico con la naturaleza*”; productores que “*ejecutan su tarea con el menor empleo posible de energía y en las condiciones mas adecuadas a su naturaleza humana y mas dignas de ella*” [El Capital, libro III, Cap. 48].

3

El *intercambio orgánico con la naturaleza* empeora continuamente bajo el dominio del modo de producción capitalista. Los distintos y sucesivos “protocolos” internacionales para la salvaguardia del planeta (de Kyoto en adelante) proponen iniciativas que son incompatibles con el crecimiento *infinito*

que *solamente* supone el mismo capitalismo. Nunca han existido en el mundo, y nunca existirán, otros

sistemas sociales orientados al máximo crecimiento posible de las mercancías para su *intercambio con*

beneficio. Por tanto, es vano intentar “convencer” a cada individuo, uno tras otro, de *consumir* menos

mientras la *producción* capitalista tiene la pretensión de la infinitud, maniobrada por colosales grupos

monopolistas multinacionales, incluidos aquellos que se camuflan bajo una ilusoria vestimenta “bio”.

El error economicista de partir del *consumo*, pensando que *también* en el capitalismo la producción está subordinada al mismo, es un férreo prejuicio de clase: y se representa con toda su falsedad y virulencia bajo las mas variadas máscaras políticas.

Una sociedad que quisiera transformar en oro todo lo que toca y que a fin de vender para hacer beneficio induce a productores y consumidores a aumentar sin medida sus gastos, ¿cómo podría dar marcha atrás y reducir el gasto de los compradores (capitalistas y consumidores finales), persuadir a todos los compradores de reducir su propio consumo (productivo ó improductivo) o, cómo algunos hoy gustan decir, tomar el camino de un “*decrecimiento*” sistemático? En resumen, “predicar” para persuadir a toda la población de cambiar de forma drástica inveteradas costumbres de vida, que además están dictadas y guiadas por la exigencia de la acumulación de capital, por el *dominio del valor*.

En primer lugar, es necesario ver sobre que población se quiere intervenir de dicha manera. La mayor

parte de los habitantes de los países dominantes, en el área imperialista (USA, UE, Japón y unos pocos

estados más) aparte de los consumidos pobres, presentes en todo lugar, tienen niveles personales de vida, de derroche, de lujo, inadmisibles. La estructura productiva de esos países, además, supera todo

lo imaginable (¡ por ejemplo, el consumo energético total de los USA supera los $\frac{2}{3}$ del mundo entero!). Para hacer cambiar a esos millones de personas su modo de vida **es necesaria la coerción**,

no

bastan las buenas palabras; e incluso para hacer esto se emplearían años y años, mas bien decenios.

O

mejor, se necesitaría una revolución social que requeriría, además de una gran consciencia y una dirección válida, también una considerable coerción.

Pero la población de esos países (incluyendo en los mismos también sus “pobres” oficialmente reconocidos) no suman en total mil millones de personas, representando como máximo un sexto de la

población mundial. El estado de los otros 5.000 millones se verifica fácilmente mediante fuentes oficiales: 3.000 millones, la mitad de la población mundial, sufre niveles de indigencia absoluta, de los

que mil millones sufren sed, hambre y enfermedades mortales, (a los que hay que añadir los de los estados imperialistas). Se ha dicho que para llevar a todo el mundo al nivel de riqueza de los países dominantes se necesitaría producir 80 veces mas que ahora, pero incluso limitándose a duplicar la actual producción, sin ninguna mejora del nivel de vida de aquellas masas desheredadas, el

equilibrio planetario llegaría a paso del desastre.

Así, se necesita una buena cara para ir a parlotear de “decrecimiento” a poblaciones y a proletarios que

no disponen ni de la mínima subsistencia; ¡a menos que esas poblaciones no se den finalmente cuenta

de la explotación que sufren cada día desde hace milenios y para empezar impidan que los propagandistas-de-decrecimiento vuelvan indemnes a sus acogedoras casas!

Quien quiere bloquear el crecimiento sabe bien que, siendo impensable y arriesgadísimo proponer a los “desheredados” del mundo esta segunda opción (la revuelta y la revolución), se refugia en la primera (el decrecimiento y la limosna) mucho mas segura. Esos utopistas a destiempo hacen votos esperanzadores de que en los países imperialistas se pueda confiar a la filantropía de los patrones (los

capitalistas, su estado y organismos supraestatales) y al buen corazón de la pequeña-burguesía “*parvenue* desde hace nada”, como la llamaba Marx, que estaría siempre preparada para el sacrificio y

limitar su consumo opulento.

4

Pero, como se sabe, el consumo final por sí solo de los *parvenues* idiotizados por la publicidad, incluso tan absurdamente tocados, sería poca cosa sino se contempla preliminarmente la

desbordante actividad productiva del capital. Esta, y no de forma incidental, apunta precisamente sobre los nuevos

“mercados de la pobreza” para encontrar la última fuente aún prácticamente sin explorar de la que extraer beneficios utilizando la miseria, demostrando otra vez que es precisamente la producción imperialista del capital la que *por definición* no puede renunciar a expandirse hasta el infinito.

Históricamente, solo existe una única circunstancia y un único momento en los cuales es el mismo capital el que, muy parcialmente y de forma desordenada, se ve obligado a bloquear el crecimiento: es

la sobreproducción que excede el plusvalor (beneficio) realizable y que por ello origina la crisis y la destrucción de capital y riqueza. Las crisis mas o menos largas del mercado mundial (como la actual)

son por tanto el único “decrecimiento” efectivo e irrelevante posible en el planeta, en donde domina el

modo de producción capitalista. En otras palabras, la economía no tiene ninguna situación “estable” ni

“neutral”: solo hay crecimiento o contracción. Y “contracción” es un nombre muy bonito para decir

Depresión, un largo período de pérdida de trabajo, desahucios, quiebras y bancarrota. La única manera de interrumpir en origen la “infinitud” del capital y la monopolización de las fuerzas

productivas naturales es realizar solo **los valores de uso históricamente necesarios para un plan de**

la especie, que asegure al mismo tiempo **los intercambios orgánicos entre hombre y naturaleza**. Esto solo se puede realizar a través de un *plan consciente y regulado de la producción mundial*, que sepa encauzar el potencial técnico y productivo alcanzado por la sociedad hacia una armonización consciente de hombre y de naturaleza. Pero también los pensadores por encima de toda “siniestra” sospecha deben constatar que semejante **planificación quiere decir comunismo**: y tal concepto y palabra es impronunciable por los señores del dinero y el capital y por sus corifeos, los cuales se profesan “alérgicos” a dicho *modo de producción y de vida* y a la correspondiente *teoría marxista*. Serge Latouche [*El desafío del decrecimiento*] acusa directamente a Marx de acogerse al ideal liberal

de satisfacer el bienestar social a través del uso de la capacidad productiva de la técnica: aunque la humanidad se libere de la propiedad privada y dirigida por la clase obrera, el mito productivista de estaliniana memoria permanecerá. Latouche, como otros autores parecidos, simplifica y vulgariza a Marx, mal leído y peor comprendido, atribuyéndole el mantenimiento de las mismas condiciones de crecimiento productivo y de explotación de los recursos naturales, aun subvirtiendo las relaciones de

producción y fundando el nuevo estado proletario. Siempre según esta *vulgata*, Marx consideraría como único mal la acumulación, conseguida por el Capital, a causa del *desigual reparto del plusvalor*

producido y extraído; mientras que la producción de los bienes permanecería inalterada incluso si fuera efectuada por la parte obrera.

De falsificadores y mistificadores del marxismo está la historia llena, y por ello no nos impresionan los

modernos encantadores y locuaces “progresistas positivistas” como les definió Marx en su tiempo, que

no tienen nada que objetar contra este modo de producción mas que una abstracta en tanto fantasiosa

voluntad de mejorar el mundo. Marx escribe que la productividad (todo valor de uso generado en un tiempo determinado), la explotación del hombre, la extracción de los recursos naturales, el uso de medios técnicos para la producción, etc., dependen, en la sociedad dominada por el capitalismo, de la

necesidad y de la finalidad impuesta por el mismo capital. Si se elimina la producción capitalista y, con la misma, se abole el estado burgués que gobierna el conflicto entre las clases, se podrá limitar la

jornada laboral al trabajo necesario (no la banal reducción del horario de trabajo) y hacer más ricas las

condiciones de vida de los seres humanos.

En solamente, pero eso asegurará un considerable ahorro del uso de los medios de producción y la exclusión de toda actividad laboral sin utilidad social o dañina para la colectividad y el ambiente natural: porque la producción socializada ya no causará la disminución salvaje de las materias primas

y de los recursos naturales (minerales, tierra, agua, flora, fauna), el desperdicio desmesurado de los

5

medios de producción y el empleo superfluo de la fuerza de trabajo. En una sociedad libre de la acumulación capitalista, se redistribuirá el trabajo, reducido a mero trabajo necesario para la reproducción y se conquistará el tiempo de vida para la libre actividad social y cultural. El reino de la

libertad solo surgirá con el fin del estado de necesidad, únicamente impuesto por los intereses del

capital. Los hombres, organizados en productores asociados, regularán de forma equilibrada sus intercambios orgánicos con la naturaleza, con el mínimo gasto de energía, de manera más consistente y más digna de su naturaleza humana y de seres naturales.

Por otra parte, en tal planificación de los intercambios con la naturaleza se incluye totalmente lo que se define como “los límites del planeta”. El globo de agua-tierra-aire es el que es. La población que consiga estar dentro para vivir, esté totalmente y especialmente en relación con los recursos naturales que el planeta puede ofrecer: atmósfera, agua dulce, tierra cultivable, vegetales, animales, minerales fundamentales (a partir de las fuentes de energía), cuyo consumo no puede superar una cierta cantidad que es en todos los casos calculable, determinable casi con precisión matemática. La agricultura capitalista industrializada a gran escala reduce la población rural a un mínimo continuamente decreciente, contraponiéndola a una población industrial continuamente creciente y concentrada en las grandes ciudades; así *“genera las condiciones que provocan una irremediable fractura en la conexión del recambio orgánico social prescrito por las leyes naturales de la vida, a la que sigue un derroche de la fuerza de la tierra, y este derroche se exporta mucho más allá de los límites del propio país”* [El Capital, libro III, Cap. 47] De esa forma –dice Marx– la gran industria y la gran agricultura gestionada industrialmente operan en común, dilapidan y arruinan tanto la fuerza de trabajo, la fuerza natural del hombre, como la fuerza natural de la tierra, absorbiendo la energía de los trabajadores y agotando la tierra.

Los “partidarios del decrecimiento” no comprenden que nada se puede proyectar dentro de esta forma social, porque estamos inmersos en una red mundial de producción y de intercambio que ha saturado ya el mundo, y es con esta forma con quien hay que saldar cuentas. Ya no hay espacio para hipotéticas “comunidades locales que resisten al paradigma de la globalización” permaneciendo prisioneras de las categorías del valor y del beneficio (imposiblemente igualitarios).

La futura forma social (el comunismo) no tendrá nada que construir sino que deberá destruir los sobrantes de nocividades acumulados, desinvertir, disminuir la tasa de crecimiento, desmineralizar la vida de los hombres que habitan la biosfera, liberar energía social de modo que la nueva forma de producción, cuyas potencialidades están ya presentes en ésta, puedan expresarse con toda su capacidad en armonía con el ambiente. Para todo ello se requiere derribar el modo capitalista de producción, factor que a todos esos señores obedientes a los patrones que hipotetizan una “reconversión” moralista del estilo de vida individual no se les ha pasado por la cabeza.

Para una mayor profundización sobre el tema, remitimos al trabajo sobre la *Mineralización del planeta*, disponible en nuestro sitio web y en formato papel sobre la Revista –*En el hilo rojo del tiempo*– de Abril de 2012.

Partito Comunista Internazionale

Via Porta di Sotto, 43 – Schio (VI) – Italia

Sito internet: lasinistracomunistainternazionale.wordpress.com